

ba, ni qué se había hecho de él. Esta relación, prosiguió Nuñez, fué para mí, y para mi buena Angélica el remedio eficaz y saludable, que curó radicalmente la locura de entrambos. A la verdad, yo no pude menos de sentir la pérdida de los cien doblones, pero acordándome de que este dinero no me había costado mas que dar las gracias al mercader, poco á poco me fuí consolando. Y viéndome en este desierto tan distante de México, que me había traído á esta gruta por casualidad, me sentí con una grandísima gana de entrar á verla, sin duda por un cierto presentimiento del corazón, de encontrar en ella alguna extraordinaria aventura, como efectivamente se verificó; pues para mí no puede haber otra mayor ni mas rara, que la de haberme hallado en un sitio tal con el mayor amigo que he tenido, que tengo, ni espero tener en este mundo.

CAPITULO XV.

De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y como éste se despidió de aquel.

Me reí fuertemente, prosiguió Gil Blas, de la cre-

credulidad de Fabricio, y no pude menos de decirle lo mucho que me maravillaba de que un hombre de su despejo, y que había dado tantas pruebas de un entendimiento nada vulgar, se hubiese dexado engañar de un Charlatán, creyéndole unas cosas, que tenían tanto de irracionales, como de inverosímiles. Todo aquello que se desea con ansia, se cree con facilidad, me respondió Nuñez, y en verdad que no fuiste tú menos crédulo, ni mas prudente que yo, quando diste tanto crédito á las grandes mentiras que te encaxó aquel truhan petardista, que te sopló la cena en el meson de Peñafiel, ni mucho menos en Valladolid, quando la prima de Doña Mencía Mosquera hizo contigo el famoso cambio del anillo, que la había regalado su tío el Gobernador de las islas Filipinas. Pero yo en aquel tiempo (le repliqué) era muy mozo, sin experiencia del mundo, y por consiguiente sin obligación á saber distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mas dexemos á un lado nuestras juveniles ligerezas, y permítame que te dé mil enorabuenas por tu feliz matrimonio. Hícele mis cumplimientos, celebrando mucho la decantada honestidad de su muger; pero al mismo tiempo haciendo conocer á uno y á otro, que la profesion del teatro era muy peligrosa para conservarse por largo tiempo ilesas entre los desórdenes que la acompañan. Estoy bien persuadido á eso, respondió Fabricio; pero á qué oficio nos hemos de

de aplicar para comer? Yo no me acomodo á servir, ni mi Angélica es menos amiga que yo de vivir independiente. Siendo eso así, le repliqué, nada tengo que deciros, porque en el estado en que me hallo, no puedo ofrecerte empleos, como lo podía hacer quando era confidente del primer Ministro. Así, pues, lleva adelante tu genio, y diviértete en componer comedias, mientras yo en mi vida solitaria me entretengo en componer obras morales. ¡Cómo así! repuso Fabricio, quedando atónito al oír que el Señor de Santillana se había convertido en maestro de Moral. Sí, amigo, le respondí, y no te admires de eso; porque te hago saber, que tengo aquí una decente provision de libros, que tratan de esta ciencia, con cuya continua lectura he adquirido suficiente noticia de especies, bastantes á mi parecer para no desmerecer el título de Autor entre tantos como escriben sobre esta materia. Hazme el favor (me dixo entonces Nuñez) de dexarme ver alguno de tus trabajos, que no podrán menos de ser de un estílo puro, terso, castizo y elegante; siendo, como no dudo que será, muy parecido al de tus dos maestros el Arzobispo de Granada, y el Conde de Orvalies. Presenté un manuscrito mio al poeta de Asturias; pasó rápidamente los ojos por el sumario que estaba al principio, y después de haber visto por éste el método de la composicion, y los puntos que en ella se tocaban, me restituyó el libro diciendo: ésta es una

una obra dignísima de que todo el mundo la lea: yo te aconsejo, que quanto ántes la des á la imprenta. Pues yo (le repliqué) estoy pensando en otra cosa. ¿Pues en qué piensas? me preguntó. En darla á las llamas, le respondí, para que la hagan ceniza. ¿Y eso por qué? me volvió á preguntar. Porque yo me había lisongeado (le volví á responder) de haber compuesto una obra, de la qual no se pudiese hacer juicio prudente hasta haberla leído toda con mucha madurez, y considerado con la mayor atencion; y veo que tú, solo con pasar los ojos arrebatadamente por una ó dos páginas, has hecho ya juicio de ella: señal de que solo contiene cosas vulgares y muy sabidas, sin que en ella se encuentre cosa alguna que merezca particular atencion. Tú eres demasiadamente delicado, me replicó Nuñez, y se conoce bien que viviste en la Corte mucho tiempo; yo solo hice juicio del método y coordinacion del libro, y me agradó tanto, que desde luego me pareció que sería correspondiente á ella todo lo restante. Ese compendioso modo (repuse yo) de pronunciar sentencias definitivas sobre el mérito ó demérito de los libros, no me parece muy diferente de la que pronunció tu comensal Villegas sobre la Ifigenia de Eurípides. Mas yo no quiero altercar contigo; vete ahora á dormir, que mañana discurriremos mas despacio sobre lo que se ha de hacer con la tal obra mia. Condúxele á su

quarto, y quedó fuera de sí quando en el corazon del Canadá se vió dentro de una pieza alhajada á la Española, y estoy por decir, que á vista de esto nada tuvo ya que desear, despues que se le desvaneció la esperanza de hallar el misterioso ingrediente para hacer la piedra filosofal.

Luego que desperté el dia siguiente, esperé á que mis huéspedes se levantasen de la cama, y apenas me vió Fabricio, quando me dixo: Gil Blas, tú en todo has de ser un hombre singular y raro. Vives aqui como un verdadero Anacoreta en quanto á la soledad y á las costumbres; mas por lo que toca al regalo, comodidad y conveniencias de la habitacion, no veo gran diferencia entre el Anacoreta y el Cortesano. Calla, lengua mordáz y satírica (le repliqué yo): debieras tener presente que yo no soy uno de aquellos Hermitaños austeros y penitentes, que afectan este género de vida con el torcido fin de hacerse unos haraganes, y mantenerse á costa de la credulidad de los fieles. Yo me mantengo aqui de lo que es mio, sin ser gravoso á nadie, y solamente busqué en esta soledad mi quietud, y un asilo contra las tentaciones del mundo. Nunca pensé en dormir sobre unas pajas, ó sobre la desnuda tierra, ni echarme acuestas un saco grosero, y de hechura particular, porque conoqué que no era esa mi vocacion. Procuré proporcionar mi retiro á lo que era compatible con mis fuerzas,

con

con mi edad y con mi temperamento; y en el aseó de esta mi estrecha habitacion solo he procurado mostrar, que no vive en ella un hombre entregado á la poltronería, ni mucho menos á la desesperacion. Despues de esta breve satisfaccion que dí á nuestro Poeta, le convidé á él y á su muger á que entrasen en el huertecillo, donde les hice una exácta descripcion de mis diarias distribuciones, que observaba inviolablemente, de lo que ambos quedaron sumamente edificados, teniendo, segun decian, gran envidia á mi suerte. Mientras tanto Fabricio se puso á componer sonetos y madrigales en todos los ángulos del jardin, y como esta era su pasion, se embebió en ella de manera, que enteramente se olvidó de volverme á hablar sobre mi libro de moral. El dia siguiente se volvió á México con su muger, diciendo que le estaban esperando con ansia los Comediantes para continuar sus representaciones. Desde entonces acá se han pasado veinte años, y en todo este tiempo no ha entrado en esta gruta alma viviente mas que tú, salvo el que una vez al año me trae mis provisiones de boca. Todas mis diversiones se han reducido á leer en mis libros, trabajar en mi huertecillo, y borrar papel con algunas de mis geniales composiciones. Y por lo que toca á las de moral, me determiné á quemarlas, no ya por lo que me sucedió con Nuñez, sino porque me pareció, que me venía alguna vanidad por aquel tal qual trabajo mio, y que le miraba con alguna pasion,

TOMO V.

x

dos

dos afectos que me resolví á vencer, sacrificándolos á mi quietud.

Así acabó su historia vuestro ilustre abuelo, me dixo el Soldado volviendose hácia mí; y aquí tambien puso él punto á su relacion; diciendo, que las cosas que le restaban por contar eran tantas y tan singulares, que pedian mucho tiempo, y él tambien necesitaba un poco de reposo, y tomar aliento para poder proseguirlas.

CAPITULO XVI.

Continuacion del viage del mozo Siciliano. Su detencion en Cotrona, y el motivo de ella. Trava amistad con un tal Demetrio, natural de la Isla de Cefalonia, y navega con él á dicha Isla.

Mientras tanto nos fuimos alejando de las costas de Sicilia, y nos hallabamos en la altura del Cabo de Spartivento, dirigiendo nuestro rumbo hácia el golfo de Squilache, para entrar en el puerto de Cotrona, donde el Capitan de nuestro navío debia dexar algunos géneros, que pertenecian á varios Mercaderes de la Calabria. Luego que desembarcamos allí, cayó enferma mi querida Irene, y fue preciso detenernos en una Ciudad,

dad, que aun no estaba á la mitad de nuestro viage, y temí que fuese sepulcro de aquella joven amabilísima. Era muy violenta su enfermedad, y hubiera cedido á ella la tierna y delicada doncellita, si un mocito de Cefalonia, que por casualidad se hospedaba en la misma posada, no nos hubiera sugerido algunos remedios, que no conocian los otros Médicos. Fue tanta su actividad, que en pocos dias se halló enteramente sana, recobrando todas sus fuerzas, y con ellas tambien toda su antigua belleza. Gran consuelo para un hombre que ama de veras, ver como resucitado de muerte á vida al digno objeto de su casto amor. Me declaré sumamente obligado al Cefaleno, y debiendo éste partir, me determiné á irme con él en aquel viage. Metímonos, pues, Irene, el Soldado y yo, juntamente con el Isleño, en una falúa, y atravesando felizmente todo aquel trecho de mar que hay entre el Promontorio Ricciuto y el de San Sidiro, en solos dos dias de navegacion nos puso en tierra en la misma Cefalonia, capital de aquella Isla. No permitió el Cefaleno que nos hospedásemos en otra parte que en su casa, donde fuimos recibidos por su padre, que era un venerable viejo, con un amor y un agasajo poco ordinario en la nacion Griega. Desde aquí escribí á mi padre, informándole de todo lo que me habia sucedido hasta entonces, y suplicándole, no solo que solicitase el permiso de poder restituirme libremente á la patria, y el consentimiento de los padres de Irene, para nuestros

esponsales, sino tambien que se sirviese enviarme algun dinero para poder mantenernos. Seis meses tardó en ir y venir la respuesta de esta carta, que al cabo llegó acompañada con una letra de cambio de seiscientos pesos. En medio de las severas palabras con que mi padre me afeaba lo que habia hecho, conocí que estaba igualmente afligido, que compadecido de mis sucesos, y me prometia hacer todo lo posible para consolarme. Durante este tiempo me habia estrechado tanto con nuestro joven albergador, cuyo nombre era Demetrio, que no podia estar un instante sin él. Habíale confiado todas mis aventuras, y él se mostraba infinitamente compadecido de la resolución que el amor me habia precisado á tomar. Con efecto por su parte no dexaba de practicar conmigo algunas de aquellas honradas y generosas acciones, que usan entre sí los verdaderos amigos, y yo me lisongeaba de tener en él el mayor y el mas fiel que podia haber entre los hombres. Exercitaba la medicina con infinito crédito, porque hacia curas, que le merecieron el nombre de *Esculapio de su tiempo*. Tenia secretos muy particulares, que él solo elaboraba por sí mismo, lo que le grangeaba el odio mortal de todos los Boticarios. Era enemiguísimo de sacar sangre, y queria que todos sus enfermos bebiesen vino generoso y vigoroso. Decia, que este valiente específico ayudaba muchísimo á expeler las materias morbosas, y que teniendo tanto de cordial, preservaba las entrañas de todos los asaltos malignos. Sostenia

nia con el mayor empeño, que algunos específicos que nos vienen de lejanos países, de nada servian á los temperamentos de nuestro clima, y por eso abominaba del Ruibarbo y de la Quina, como de remedios pestilenciales. Era sectario de la escuela Salernitana, y nunca curaba los cuerpos sino con una rigurosísima dieta, no permitiéndole á sus enfermos otro alimento que de algunos ligerísimos líquidos. Mas no por eso dexaban de irse al otro mundo, quando les llegaba su tiempo; pero esto siempre lo atribuía él, ó á que no habian bebido toda aquella cantidad de vino que les ordenaba, ó á no haber observado toda aquella rigurosa dieta que les prescribia. Algunas veces me divertia yo en acompañarle á sus visitas, y de esta manera poco á poco me iba instruyendo en el método de medicar, como si efectivamente tuviera ánimo de abrazar aquella profesion.

Llegó mientras tanto la templada y tentadora estacion del Otoño, y todos determinamos ir á pasar á una bella casa de campo que tenia el padre de Demetrio en las cercanías de Argóstoli, para gozar de las diversiones propias de aquella última parte del año. Un día que quedamos solos Irene, el Soldado y yo, porque Demetrio se habia ido á la Ciudad, segun él mismo nos lo habia prevenido, á visitar no sé qué gran Señor que estaba enfermo, nos fuimos paseando hácia la orilla del mar, que estaba poco distante, y habiendonos sentado todos, supliqué al buen genio de Isidoro, nos hiciese el gusto de proseguir la

Historia de mi abuelo, que dexó imperfecta y cortada, quando estabamos á bordo en el navio Inglés. No se hizo de rogar el Soldado, antes bien tardó poco en complacerme: tosió, gargajeó, sonóse, y prosiguió su relacion de esta manera.

CAPITULO XVII.

Vuélvese á atar la Historia de Gil Blas, y cuenta Matilde los sucesos de su vida.

Matilde y yo, dixo el Soldado, mirabamos á Gil Blas con sumo respeto, y con igual veneracion, y él nos correspondia, mirandonos como si fuéramos dos hijos suyos; pero como todavia no le habiamos declarado que aquella fuese muger, quedó muy sorprendido, quando ella misma le dió noticia de su verdadero sexô. Pero no basta, añadió la doncellita, que yo os informe de que soy muger disfrazada en trage de hombre: es menester que además de eso sepais, por qué motivo, y cuánto tiempo há que desmiento mi verdadero sexô á la sombra de este trage. Yo, Señor, nací en Trivento, Ciudad poco numerosa del Condado de Molisa en el Reyno de Nápoles, en la que gozaba mi padre cierto feudo, que además de otros títulos, tenia adjunto el de Marqués, y era hereditario en nuestra casa. A mi madre no la conocí, porque murió pocos dias después que me dió

dió á luz: solo sé, que era de una casa noble del Abruzo. Quando murió Carlos Segundo, exercia mi padre un empleo muy honorifico en el Reyno por nombramiento de aquel Monarca; pero como se habia dedicado todo al servicio de la Casa de Austria, todos sus bienes se le confiscaron, quando subió al Trono de España Felipe Quinto, por lo que se vió precisado á refugiarse á Alemania con toda su familia, donde logró tambien algunos empleos lucrosos, con que pudo mantener el esplendor de su nobleza; y siendo nombrado poco despues para seguir al Archiduque á España, quiso llevarme consigo, quando solo contaba yo de once á doce años. Desembarcamos en Lisboa, donde me dexó en el Palacio de la Duquesa de Alburquerque, la qual hacía gran figura en la Corte de Portugal, y de alli partió mi padre á campaña á los confines de Estremadura, sin que yo le hubiese vuelto á ver, porque murió de una grave enfermedad en el ejército, dexandome heredera de las esperanzas de recobrar sus bienes, quando la guerra se terminase. No ignoraba mis derechos un Fidalgo Portugués, que freqüentaba la casa de la Duquesa, y se llamaba Don Lope de San Sebastian, y quiso asegurarse de la expectativa de mi herencia, arrebatándome atrevidamente de las manos de mi Excelentísima depositaria. Con efecto logró su intento sin mucha dificultad, por lo mismo que ninguno podia imaginar, que tuviese valor para semejante temerario atrevimiento. Llevóme en sus brazos al puerto, y alli me

me embarcó en una nave, que en aquel mismo momento iba á partir para el Brasil, y luego que nos vimos en alta mar, me dixo: Señora, sin duda debeis perdonarme un exceso de amor, que me obligó á cometer un raptó, del qual espero que con el tiempo no os pesará; sin embargo, vos sois Señora absoluta de vuestro corazón; ni debeis pensar, que yo pretenda obligaros á darme la mano de esposa sin pleno consentimiento de vuestra libre voluntad. Efectivamente era un Caballerito muy Christiano y muy atento, de gran docilidad, y de la mayor condescendencia: me trató siempre con todas las respetuosas atenciones de la mas circumspecta honestidad, y de la mas noble y caballerosa educacion; de manera, que yo insensiblemente comencé á amarle con una especie de ternura, que jamás habia sentido por ningun hombre. Volaba por las ondas nuestra nave, y parecia que el cielo se declaraba parcial de nuestra navegacion. Arribamos felizmente al Brasil, donde pensaba él celebrar nuestro matrimonio con la mayor suntuosidad, aparato y magnificencia; pero habiendo hecho mi raptó grandísimo estrépito en la Corte de Lisboa, Don Lope fue declarado bandido á voz de pregonero, por la grande autoridad de la Duquesa de Alburquerque, y habiendose sabido que nos habiamos pasado al Brasil, se despacharon requisitorias con mucho encargo al Virrey, y á todos los Gobernadores de aquel Reyno, para que inmediatamente

se le prendiesen, y en partida de registro le enviásen luego á Lisboa. Tuvo con tiempo aviso pronto y reservado de estas órdenes por un Secretario del Gobierno, y pensó luego en que nos retirásemos de la ciudad de Todos Santos, donde nos hallábamos, para librarnos de las manos de la Justicia. A la sazón se hallaba en la Bahía una nave Holandesa, y ésta fué nuestro asilo, aunque sin habernos podido casar ántes que la tal nave se hiciese á la vela. Don Lope me habia tratado siempre como correspondia á un honestísimo Caballero, considerándome como hermana, hasta que llegáse el tiempo de mirarme como esposa. La nave Holandesa se volvía á Europa, y Don Lope habia ideado trasladarse de Holanda á la Corte de Viena, esperando que el Embaxador de Portugal en ella, grande amigo suyo, podria interesar al Emperador, para que pidiese mi persona al Rey su Señor por una gracia muy particular; pero todos estos proyectos se desvanecieron en el ayre, porque se encontró nuestra nave Holandesa con una Esquadra Española, á la qual fué preciso rendirse. Hiciéronnos prisioneros á D. Lope y á mí; pero con fortuna muy diferente, porque habiendo querido Don Lope que me vistiese de hombre, desde que resolvimos salir fugitivos del Brasil, todos me tuvieron por tal, y conducida al navio donde estaba el Comandante de la Esquadra, no volví á ver al enamorado autor de mi raptó, el qual quedó separado de mí en la revista que se hizo de todo nuestro equi-

page. A pesar de mi desgracia tenia yo grande amor al que habia de ser mi esposo, tanto que hasta ahora no me he olvidado un punto de él. Admirábame sí, y siempre me admiré de que no hubiese encontrado modo de recobrarle, ó á lo ménos de saber en qué manos habia venido yo á parar: lo que desde entónces me hizo sospechar que segun el mas comun estilo de los hombres, enteramente se habia olvidado de mí. En medio de eso siempre está presente á mi memoria, y no puedo ménos de amarle aun quando le sospecho infiel. Me conduxeron, pues, á Vera-Cruz, y desde allí pasé á México, haciendo figura de page de un Señor, hombre ya de muchos dias, y dueño de muchos mas doblones, grande amigo de cierto mercader de Madrid, tan rico y tan poderoso como él. Ya habrás conocido tú (prosiguió mirándome á mí) que éste tal mercader era justamente el dueño de aquella casa, de que tanto abominé, quando nos escapamos del poder de los Canadienses: le agradó mi fisonomia al tal Señor Comerciante, y pidió á mi amo, que me dexáse en su casa. Poca dificultad tuvo en darle éste gusto, porque debiendo volver á embarcarse presto para restituirse á España, consideró que mi persona, así por los pocos años que mostraba, como por la delicadeza de mi temperamento, mas le podía servir de embarazo, que de alivio, particularmente si llegaba el caso de pelear con los enemigos. Y éteme aquí domestico ya del Señor Beltrán de Naiva, que este era

Y QMOT el

el nombre del dichoso mercader. Una vez me llevó consigo á su casa, ó factoría del Canadá, y en cierta ocasion, que me oyó quejar y suspirar, creyéndome sola, y que nadie me sintiese, conoció que era muger disfrazada en traje de hombre. Inmediatamente se convirtió su corazon en un volcan de fuego libidinoso, y llamándome aquella noche á su quarto, luego que entré me tomó las manos, y apretándolas estrechamente entre las suyas, me declaró con los transportes mas violentos y mas apasionados su detestable amor, conjurándome con las mas vivas expresiones, y con los mas patéticos afectos, que descendiese con sus infames deseos. Hacíame mil promesas, ofrecíame oro, galas, joyas, y en fin hacerme heredera de todo quanto tenia, supuesto que se hallaba sin hijos, y sin heredero alguno forzoso. Me persuado á que ya ustedes creerán, que resistí á todas estas sollicitaciones con toda aquella indignacion, y con todo aquel espíritu que correspondia á mi nacimiento, á mi reputacion y á mi crianza, y que pasando de la repulsa á los improperios que merecia tan villano atrevimiento, no fuí escasa de ellos con aquel insolente comerciante de Madrid. Mal hombre (le dixé) quando el diablo te sugiera semejantes torpísimos pensamientos, nunca tengas valor para proponerlos á muger que haya nacido con mis obligaciones. Mucha ha sido tu temeridad en atreverte á tentar con tan fea pretension á una doncella, por cuyas venas corre una

Y 2

san-

sangre pura, noble y christiana, heredada de sus mayores, y cuyo corazon está animado con la pureza de un espíritu, correspondiente á su nacimiento, y á la santísima religion que profesa. Vete, sucio viejo, con esas pueras pretensiones á los postribulos, ó casas de mugeres públicas, y nunca te lisongees de poder vencer con ellas á una doncella de mi clase y calidad. Se quedó suspenso aquel hombre por un rato, y persuadido á que nada conseguiria de mí con toda su facundia y villana generosidad, se avalanzó furioso á mí para violentarme; le repelí con rabia, y salí corriendo de su casa, entregándome á la fuga, sin reparar en la obscuridad de la noche, ni en los peligros á que me exponia en un país para mí enteramente desconocido. Tomé el primer camino que al salir de una puerta se me puso delante, caminando con indecible velocidad, sin tomar el menor reposo, hasta llegar á la orilla de aquel riachuelo, desde donde descubrimos la luz que nos guió por nuestra gran fortuna á esta bendita y venerable cueva. Seguí mi camino por su margen, y al despuntar el día me hallé en el valle contiguo á la soterranea poblacion de los Canadienses. Sin duda que me debieron descubrir desde aquellos espesos matorrales, que les sirven de atalayas, porque baxando presurosos por diferentes sendas, me sorprendieron, y arrebatadamente me llevaron á sus madrigueras. Descubrimos por Italiana, y esto me valió como á tí,

para no ser cruelmente sacrificada, pues ya me habian llevado para este fin á la casa de su Sacerdote, el qual despues me instruyó en sus disparatados dogmas, para que quando estuviese bien catequizada, abjurase nuestra santa religion, y abrazase su impia secta. Lo demás ya lo sabes tú, y lo podrás añadir á la narracion de tus sucesos para contentar la inocente curiosidad de nuestro benigno bienhechor y albergador.

CAPITULO XVIII.

Fin de la historia de Gil Blas. Arribo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario Hermitaño, é impensado arribo de Don Lope.

Habiendo Matilde dado fin á su relacion de esta manera, di yo principio á la mia, y despues que Gil Blas nos oyó á entrambos con extraordinaria atencion; paréceme, hijos míos, nos dixo, que estoy viendo como la divina Providencia os ha preservado de tantas desgracias para haceros gozar un dia algun rayo de felicidad. Los males que se padecen en los mas floridos años de la juventud, por lo comun se convierten en mayores bienes, quando se llega á una edad mas proveyda; y si sufrimos con paciencia y constancia las adversidades, la divina